



TÚ
disparaste
PRIMERO

HELENA PINÉN

Patrick McBane es un millonario que necesita ayuda. Es incapaz de lidiar con el dolor de perder a su hermana Felicia y mucho menos con la responsabilidad de adoptar a su sobrino. Por eso no tiene más remedio que contratar a Lía. Instalada en el cuarto de invitados, Patrick cree que es ideal para tratar con su sobrino y echarle una mano las veinticuatro horas del día.

Para Lía, McBane no era más que un trabajo: fingiendo ser niñera, su único objetivo era proteger la vida del magnate y del bebé para que los asesinos de Felicia no llegasen hasta ellos. Era una misión difícil, pero mucho más difícil será ignorar las chispas que saltan entre ellos y no caer rendida en los brazos de McBane.

¿Puede una relación basada en cientos de mentiras sobrevivir al fuego enemigo?

Índice de contenido

Cubierta

Tú disparaste primero

Dedicatoria

Primera parte: Mentiras y sensatez

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Segunda parte: Sinceridad y emociones

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

Para todos los que habéis creído en mí.

PRIMERA PARTE MENTIRAS Y SENSATEZ

1

A veces la vida cambia en cuestión de segundos. Un parpadeo y se pierde un instante. Un parpadeo y todo es diferente. En una milésima de segundo, un pájaro puede emprender su primer vuelo; una bala puede hundirse en la piel; una nube puede alcanzar el sol; un niño puede pronunciar su primera palabra. Solo es necesario un aleteo de pestañas para que un científico pueda encontrar la fórmula que cure una enfermedad; para que la inspiración golpee a un artista; incluso para que un hombre pueda arrodillarse frente la mujer que ama.

Así fue cómo pasó todo: en cuestión de un segundo, un borracho que había decidido conducir bajos los efectos del alcohol... invadió el carril contrario de sopetón y provocó un accidente *mortal*.

Felicia McBane, Brown desde que se casó, falleció junto a su marido de forma inesperada y cruel, dejando huérfano a su hijo de diez meses.

—Su hermana dejó escrito que, de sucederles algo a ella y al señor Brown, usted tendría la custodia de Brandon.

Patrick McBane estaba parado en el vano de la puerta, apoyado en ella y dándole la espalda al abogado. Aunque le escuchaba, no podía apartar los ojos de su sobrino, que gracias a su temprana edad, reía en brazos de la mejor amiga de Felicia.

Ajeno al sufrimiento que causaba perder un familiar tan cercano súbitamente.

Ajeno a los corazones agrietados que la repentina marcha de Felicia había dejado.

Rose levantó la vista, como si sintiera observada. Aunque sus labios tenían una sonrisa y su voz estaba modulada para entretener al pequeño, sus ojos estaban apagados y enrojecidos, bañados en tristeza y lágrimas contenidas.

Se había ofrecido a quedarse con el niño. Ser, para ser más exactos: su madre. Pero Patrick no estaba dispuesto a dejar que una extraña criase a Brandon, como si Felicia jamás hubiese existido, relegándolo a él a ser un mero espectador más, un tío que aparece de vez en cuando con un regalo.

Así pues, se había negado en rotundo.

El niño era un McBane.

Sangre de su sangre, hijo de la mujer más maravillosa y tierna que él jamás hubiera conocido.

—Pensaba ocuparme de él de todos modos —respondió al fin, con la mandíbula apretada con fuerza. Tenía el cuerpo en tensión por el dolor que lo atravesaba cada vez que respiraba desde que le dijeron que su hermana había muerto. Se sentía extrañamente vivo y vacío.

El jurista carraspeó mientras se arreglaba las gafas sobre el puente de la nariz.

—Me alegra oírlo, señor McBane.

Por supuesto, aquel hombre de nariz aguileña, mejillas hundidas y hombros curvados no se alegraba por el bebé. No querer aceptar aquella cláusula del testamento sería un problema legal muy grande para todos que solo le traería más trabajo.

Pero a él le daba igual la burocracia, los abogados y el papeleo.

A Patrick, en esos instantes, solo le importaba el bienestar de su sobrino.

Media hora después, el abogado se marchó, satisfecho por el trabajo realizado. Era una de esas personas que adoraba más el dinero que la humanidad. Patrick había ansiado

perderlo de vista desde que se habían conocido. Gracias a su posición en la compañía que dirigía, sabía reconocer aves de carroña que aprovechaban debilidades ajenas para enriquecer arcas propias. Eran buitres, seres sin corazón con lo que Patrick y su junta preferían no tratar.

Observó los papeles que tenía en la mano antes de enrollarlos y guardarlos de mala manera en el bolsillo trasero de los pantalones.

Ya que su cuñado no tenía familia, nadie más que Felicia, todo lo que había sido del matrimonio, ahora engrosaba la riqueza de los McBane.

Patrick, por su parte, se dedicaría a cuidar de las propiedades para que su sobrino las disfrutase de mayor. No necesitaba el dinero ni las fincas. No necesitaba nada material. Necesitaba a su hermana. Viva, feliz, cuidando de su hijo, como habría hecho si aquel maldito tipejo no hubiera dado un volantazo para estrellarse contra el Land Rover de la pareja.

Se acercó a Brandon. El niño se estaba quedando dormido en los brazos de Rose, a quien su hermana había dejado una pequeña casita en Penzance, junto con una gran colección de libros de misterio.

—¿Vas a quedarte con él, entonces?

—Creí haber sido claro las otras veces. Sí, Brandon se queda conmigo —no quería ser impertinente, pero se sentía exhausto.

Ella vaciló. Sin embargo, esa vez decidió no amedrentarse.

—Patrick, eres un hombre de negocios, un adicto al trabajo —levantó la barbilla con altivez—. Te pasas todo el día en la oficina, a veces tienes que viajar. ¿Te llevarás a Brandon contigo a España, a Portugal? ¿A tus congresos a Nueva York?

—Bajaré el ritmo de trabajo, me llevaré el ordenador y los papeles a casa —se encogió de hombros como si el tema no fuera con él, aunque ambos sabían que estaba más

erguido de lo habitual—. Si debo abandonar el país por unos días, Lorraine puede quedarse con Brandon.

Ante la idea, Rose resopló. Que la esposa de su socio se quedase con un bebé de menos de un año, contando que ya tenía trillizos, era un suicidio. Ambos sabían que ese tipo de favor podría pedirse una vez, quizá dos, pero no más.

A su vez, Patrick suspiró para sus adentros. Sí, iba a ser difícil ser padre cuando solía trabajar once horas al día, más unos cuantos viajes al extranjero cada semestre.

—Rose, el niño se queda conmigo —intentó tomarlo en brazos, pero ella retrocedió un paso.

—Intentaste ser el padre de Felicia en su momento y fracasaste, ¿qué te hace pensar que será diferente con Brandon?

Rose enmudeció y se mordió el labio en cuanto se dio cuenta de que había sobrepasado un límite invisible. Le había dado un extraordinario y doloroso golpe bajo, de esos que se dan por encima del cinturón y se queda en las entrañas, retorciéndolas y desangrándolas.

El rostro de Patrick había ensombrecido.

—Rose, dame el niño —cada palabra fue pronunciada con verdadero odio.

Y ella lo entendía. Se lo tenía bien merecido. Había sacado a relucir el horrible pasado de los hermanos McBane.

Por eso agachó la cabeza, se despidió con un susurro de Brandon y se lo entregó con manos temblorosas. Se sintió rechazada, humillada y hueca.

—Eres la madrina de Brandon, por lo que puedes venir a visitarlo cuántas veces quieras. Puedes llamarme, cada vez que te apetezca, para saber de él —fue todo cuanto dijo Patrick antes de girar sobre sus talones y cruzar el vestíbulo hasta la puerta principal. La miró por encima del hombro antes de abrirla de par en par. La invitaba sin amabilidad alguna a irse—. Adiós, Rose.

Sabiéndose vencida, la rubia asintió como un autómatas, cogió la chaqueta, la bufanda y su bolso.

—Yo...

—Adiós, Rose.

Ella salió con cuerpo tembloroso. Quiso despedirse, pedirle disculpas. Cuando quiso volverse, la puerta se cerró. Cerró los ojos y pateó el suelo, frustrada. No sabía si con Patrick o consigo misma.

Se encaminó hacia la verja y sacó el teléfono móvil, que tenía hábilmente guardado en el bolsillo de la chaqueta. Marcó un número que se sabía de memoria.

Él respondió al primer tono.

—Dime.

—Tiene la custodia. Felicia se la ha dado a Patrick y por más que la haya peleado, no hay quien pueda con su terquedad. No me deja hacerme cargo de Brandon —fue escueta mientras se alejaba por el camino de piedra. Miró un momento hacia atrás—. Maldición. Yo hubiera sido una buena madre. Lo sabes.

—Respira hondo —la voz era melodiosa y la calmó al punto—. Tranquila, ¿de acuerdo? Todo tiene solución.

—¿Y ahora qué?

—Debe haber otro modo de acercarnos al niño.

* * *

Patrick, ajeno a la llamada de Rose, subió al segundo piso.

Había comprado la antigua mansión de Greenborough a nombre de su hermana en cuanto le había dicho que iba a casarse. No había sido su regalo de bodas, pero sí un modo de ahorrarle la hipoteca y diversos quebraderos de cabeza. Felicia había amado poder reformar y decorar aquel lugar a su gusto.

Todavía recordaba el brillo en sus ojos cuando le había hecho venir expresamente para decirle que estaba embarazada. Estaba apenas de diez semanas y ya habían prepara-

do la habitación del bebé. Observó el lugar ahora y lo encontró faltó de luz, tal vez el brillo de la estancia y de los muebles había desaparecido.

Durante los preparativos de los funerales, Rose había empaquetado todas las cosas de Brandon para facilitar su transporte, fuera quien fuera la persona encargada de cuidar al bebé. Incluso había desmontado algunos utensilios con mucha maña para guardarlos en cajas.

Rose no era mala chica. Adoraba a Felicia como si fuera su propia hermana. Se conocían desde párvulos y eran inseparables, era lógico que quisiera a Brandon como a un sobrino.

Y Patrick sabía que el dolor había hablado por ella en todo momento. Dominándola. Pero, no por eso, sus palabras dolían menos.

Meneó la cabeza, decidido a desterrar sus recuerdos de juventud, y se marchó del dormitorio del pequeño, dejándolo todo tal cual estaba, tomando solo la mochila donde había pañales, cremitas y ropita de recambio.

Patrick no iba a llevarse nada. Su socio, mientras Rose rondaba por aquel cuarto, se había encargado de remodelar su apartamento. Lo había hecho en apenas cuarenta y ocho horas, pagando miles de libras a dos empresas especializadas para que se realizase todo de forma conjunta... y lo había logrado. Con éxito, además. Ahora su enorme ático estaba en condiciones de recibir un bebé.

Se consolaba pensando que en aquel piso de ciento ochenta metros cuadrados estaría libre de recuerdos, pues en Greenborough era donde había más pedacitos de Felicia. El problema era su cabeza. Allí todo seguía nítido.

—¿Qué tal? —una radiante novia vestida de blanco se plantó ante él. Su rostro era unos pocos años más joven que ahora. Sus ojos parecían galaxias, tenían vida propia y titilaban con luz radiante. Dio una vuelta sobre sí misma para que la viera bien. También para que pudiera

recuperarse de la impresión—. ¿Estoy guapa? —y antes de que Patrick pudiera abrir la boca, lo señaló con una mano ya enguantada—. Si dices que no, Patrick, haré que te sirvan la carne poco hecha, y muy fría, en el banquete.

—Tú sí sabes torturarme —se mofó, emocionado de verla de aquel modo.

No le había dejado ver el vestido hasta que fuera a recogerla para llevarla al altar. Ahora entendía por qué. No entendía de moda. No sería capaz de identificar el tipo de tejido, de complementos, por no hablar de los nombres que recibían el escote y la falda. Pero sí comprendía las reticencias de Felicia a mostrárselo antes. Lo hubiera considerado muy descarado, si bien entendía que era culpa suya.

Había visto siempre a su hermanita como una joven a la que proteger y ya no era así. Hacía mucho que se había convertido en una mujer. En una mujer fuerte, inteligente y espabilada, que tenía voz, que rugía más bien. Y aquel vestido solo evidenciaba lo que Patrick no había querido ver.

—Felicia... estás bellísima —la tomó de las manos y se las besó—. Eres bellísima.

Tenía que aceptar que aquellos momentos seguirían allí. No iba a poder borrar todo lo compartido con Felicia, tampoco es que quisiera. Su ansía en esos momentos era que el sufrimiento que iba ligado a ellos se alejase de su ser. Tenía que ser fuerte. No por sí mismo, sino por el niño. Lo observó a través del espejo retrovisor interior. Había colocado atrás la sillita con otro espejo que le permitía verle la carita. Brandon estaba dormido. Velar por sus sueños era ahora su destino y su obligación, no podía flaquear y arrastrarlo con él a la desgracia. Una punzada de dolor en las sienes le hizo dirigir la vista hacia la carretera.

—Contrólate —se susurró.

La jaqueca se incrementó cuando entró en el ático. Fue directo hacia lo que antes había sido su dormitorio. Ahora era la habitación de Brandon. Era la primera vez que entraba allí y le latió el corazón con rapidez al ver el cambio que se apreciaba por todos lados.

Anthony y su esposa Lorraine habían hecho un gran trabajo.

Las paredes, antes blancas, eran ahora de un suave tono morado muy infantil y acogedor. Los muebles eran blancos con matices grises, muy luminosos, nada que ver con los de antes, tan oscuros y acristalados. Supuso que la nueva decoración hubiera gustado a Felicia le habrían gustado.

A McBane le escocieron los párpados por las lágrimas.

El niño, dormido en su cochecito, volvió a removerse. Patrick meneó la cabeza para librarse de la pena y pulsó el interruptor que bajaba las persianas. Mientras las silenciosas láminas bajaban hasta los topes, desató al pequeño y lo llevó a su cuna, ya preparada.

Conectó el comunicador que había cogido de la casa de Felicia y llevó el segundo a su nuevo dormitorio, que antes había sido su despacho. El escucha sería su gran aliado mientras intentaba descansar.

Su despacho se había visto reducido en espacio a un rincón. Ahora, frente a la chimenea había una cama y habían colocado las mesitas de noche y sus antiguos armarios a un lado.

No le parecía real, ni estar allí ni encontrarse viviendo aquella situación. Ni siquiera el ambientador que llenaba la habitación de una fragancia afrutada parecía ser real. Quizá estaba enloqueciendo, por eso tenía la sensación de vivir la vida de otro. Dado su pasado, todo el mundo sabía que Felicia había sido lo único que lo había mantenido cuerdo y vivo.

Ella lo había sido todo para Patrick. El motor de su vida, cada latido de su corazón. Toda decisión tomada desde que su padre los abandonó había sido pensada para que

las cosas le fuesen bien a *ella*, no a él. Había hecho cosas terribles antes de crear un imperio junto a Anthony. No estaba orgulloso de la forma en que había conseguido tener dinero suficiente para invertir en su empresa, pero no había quedado otra. Había querido darle a Felicia la carrera universitaria que quería y merecía, ayudarla a vivir en un barrio donde no hubiera prostitutas baratas y chavales adictos al crack como vecinos.

Deseó emborracharse. Si no fuera por Brandon, bebería hasta perder la perspectiva y saldría a los suburbios al anochecer. Quería golpear duro, fuerte. Y que lo golpeasen hasta romperle cada hueso del cuerpo, hasta que no lo aguantase más y su vida terminase abruptamente.

Pero no podía hacerlo. La luz del escucha que todavía sostenía, parpadeando en medio de la penumbra, le hacía darse cuenta de que había cosas imposibles.

Se quitó la chaqueta, la corbata de un tirón y, notando las piernas pesadas, se desplomó en la cama. Se frotó la cara. Por primera vez, notó la barba bajo los dedos; se había abandonado mucho esos días, casi ni se reconocía en el espejo. Pero tampoco se veía con corazón de plantarse frente a él, afeitarse, peinarse como de costumbre y enfrentarse al Patrick McBane que había sido antes de la muerte de Felicia.

Desvió la mirada hacia la fotografía que había sobre su cómoda, junto a los relojes y sus gemelos. Se levantó y la tomó entre las manos.

Felicia aparecía en ella, capturada y atrapada para siempre en un pedazo de papel que Patrick pensaba conservar toda la vida. Era la foto más reciente que tenían juntos. Peter la había tomado poco tiempo después de haber dado luz a Brandon. Estaba pegada a su costado, riendo mientras se apartaba el pelo de la cara, que el viento mecía con gracia. Ambos guiñaban un ojo porque el sol les molestaba.